

LA MARCHA DE LAS UTOPIAS

Por BENEDITO NUNES

Responsable de dos importantes manifiestos de nuestro modernismo, el *Pau-Brasil* (1926) y el *Antropófago* (1928), Oswald de Andrade nos abrió una senda de inquietud intelectual que va de la poesía a la novela, del artículo polémico al ensayo filosófico. Es en *A Crise da Filosofia Messiânica* (*La Crisis de la Filosofía Mesiánica*, 1950) donde, tras examinar la decadencia simultánea del patriarcado y del pensamiento filosófico occidental, prevé el advenimiento de una sociedad en que la técnica, liberando al hombre del trabajo material, lo devuelve al estado de comunión con la Naturaleza vivido por el hombre primitivo en el ocio de la floresta del Nuevo Mundo...

La sociedad producida por el pleno dominio de la técnica es, paradójicamente, muy nueva y muy vieja: muy nueva porque vendría a sustituir las hasta ahora perdurables instituciones patriarcales, que dan lugar al ciclo de cultura caracterizado por la concepción mesiánica del mundo, paralela a la civilización; muy vieja porque, gracias a la absorción del esfuerzo de trabajo por las máquinas, que ponen a funcionar solas, como los husos de Aristóteles, esa sociedad, implantaría de nuevo el parentesco materno, la propiedad colectiva, el uso lúdico y festivo, partes de la propia actitud del primitivo, generador de los tabúes, de los totems y de la antropofagia, que correspondió a otro ciclo de cultura, reprimido y soterrado por la civilización.

La última trampa de la Historia es servirse de la civilización para conducirnos a la prehistoria. Así, la dialéctica del trabajo conduciría al ocio; la acumulación de riquezas, en el auge de sus posibilidades, forzaría la aparición de esquemas colectivistas que recuerdan

Revista de Cultura Brasileira
(Espanol) N.º 26 (sept. '68)

la mítica Edad de Oro retrotraída a un pasado inmemorial. «En el fondo de todas las religiones, como en el de todas las demagogias, escribe el creador de *Serafim Ponte Grande*, está el ocio. El hombre acepta el trabajo para conquistar el ocio. Y hoy, cuando mediante la técnica y mediante el progreso social y político, llegamos a la era en que, al modo de decir de Aristóteles, los husos trabajan solos, el hombre abandona su condición de esclavo y penetra de nuevo en el umbral de la Edad del Ocio. Es otro matriarcado que se avecina.»

La Edad del Ocio es la Edad de Oro traspuesta del pasado mítico al futuro utópico. En la tesis de Oswald de Andrade *La Crisis de la Filosofía Mesiánica*, mito y utopía se unen bajo la mediación del matriarcado, de la antropofagia y de la técnica.

El matriarcado representa la unidad social de la vida primitiva, sin propiedad privada, sin clases sociales y sin Estado; la antropofagia define el impulso religioso que espontáneamente produce, como sentimiento órfico que es, los tabúes y los tótems. Las relaciones matriarcales y antropofágicas compondrían entonces el *estatus* del hombre natural, que la división del trabajo rompió, dando origen al patriarcado. Nos encontramos todavía en el ciclo del patriarcado, donde el mesianismo, el individualismo y la acumulación capitalista han condicionado el auge industrial y técnico del mundo. Pero son las fuerzas crecientes de la propia industrialización las que socavan los cimientos de este ciclo provocándonos con la promesa, ya materializada en los indicios de unificación física y mental de la humanidad mediante idénticos medios de transporte, comunicación e información, de una nueva era en la que, habiendo cesado los antagonismos entre el trabajo y la propiedad, las normas sociales y las aspiraciones individuales, la autoridad del Estado y la libertad del individuo, el hombre reconquista, a través de la producción planificada y socializada, el ocio inherente al primitivo matriarcado. Con el advenimiento del «hombre natural tecnificado», que es la síntesis dialéctica del tipo ancestral, antropofágico, y del tipo civilizado, mesiánico, se cierra una larga fase de la aventura humana. La era nueva, sujeta a mayores riesgos, conseguiría armonizar la sempiterna herencia primitiva con las ilimitadas posibilidades de transformación del planeta y de la especie mediante la acción conjunta de las ciencias y de la técnica.

La Crisis de la Civilización Mesiánica fundamenta todo este pro-

ceso, que va del matriarcado primitivo al patriarcado, para, después de la superación de éste, retornar a una diferente y renovadora expresión de aquél, en el esquema triádico abstracto de tesis, antítesis y síntesis. Pero se ve claramente que la tesis, el matriarcado del hombre natural, funciona aquí como «mito de origen», del que el movimiento dialéctico nos ha alejado, desarrollando sus contradicciones, hasta cesar en la utopía de la existencia social plenamente recuperada.

Tal recuperación se traduce en un retorno al «estado de naturaleza» y, por tanto, en una vuelta a los orígenes. Mediante la reconquista del ocio primitivo, asegurada por el progreso técnico, las dos perspectivas, la mítica y la utópica, acaban por coincidir.

El pensamiento de Oswald de Andrade, que ya en este ensayo de 1950, donde matriarcado y patriarcado son categorías históricas decisivas, era deliberadamente utópico, deja sin embargo de lado el análisis del valor y del papel de este elemento programático de las ideas sociales, la «utopía», que trasciende el presente en razón de expectativas racionales en cuanto al futuro de la sociedad. Fue en una serie de artículos, reunidos en el reciente libro *A Marcha das Utopías (La Marcha de las Utopías)*, editado por desgracia sin ninguna nota introductoria explicativa y sin mención de la fecha de los trabajos en él reunidos, en la otrora famosa colección «Os Cadernos de Cultura», despertada de su sueño hibernar, donde Oswald de Andrade, como legítimo explorador de ideas, en busca de conceptos que le permitiesen abordar por otro ángulos los principios de su concepción social y política, se dedicó al examen de este asunto que, desde 1928, estaba integrado, como tendencia fundamental, en el movimiento antropofágico.

Las ideas de estos artículos son fundamentalmente las mismas de la tesis de 1950. Lo que varía es el ángulo escogido para el análisis de los movimientos y tendencias históricos, de cuyo embate dialéctico surge la perspectiva utópica de la victoria del ocio sobre el negocio. Afirmando la existencia de un ciclo de las utopías que llegó desde el siglo xvi hasta la segunda mitad del xix, Oswald de Andrade sitúa su origen en las propias fuentes del humanismo moderno y en la experiencia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

El descubrimiento del Nuevo Mundo fue el descubrimiento de ese otro hombre, desnudo y primitivo, de que las cartas de Vespu-

cio, ávidamente leídas en Europa, trazaron la imagen que pasó por Montaigne y por la *Utopía* de Thomas Morus: un ser que vivía «sin ley, sin rey, sin fe», en la ignorancia del pecado y en «estado de naturaleza». De este modo, el humanismo, que «siempre se adhiere a la idea de una vuelta de la cultura a lo humano, de un retorno del hombre a sí mismo», se impregnó de aquella imagen, que pasó a ejemplificar la vinculación originaria de nuestra especie con la Naturaleza, cuyas leyes, más próximas a las exigencias de la razón que las normas y convenciones de la vida civilizada, no podrían inclinarnos al mal. Ora satirizando mediante la risa de Rabelais y de Erasmo, ora comprendiendo, como en el caso de Montaigne, las imperfecciones y locuras de la especie, el humanismo opuso siempre a la realidad humana tal como es la idea del hombre, tal como debería ser. De esta forma, la concepción humanística, que cree en la libertad y que provee al hombre de los medios intelectuales para liberarse de los prejuicios, de los *ídola*, de la coacción social y de la presión política, está al servicio de la tendencia utopista, la cual, aun cuando haya apuntado en la Antigüedad Clásica (Platón) y hebrea (los profetas), renació bajo el impacto del descubrimiento de América. «Tengo la impresión, pondera Oswald de Andrade refiriéndose al siglo XVI, de que el hallazgo de la humanidad desnuda del descubrimiento influye mucho en el movimiento general de las ideas de aquel instante histórico. Saber que al otro lado de la tierra se había visto un hombre sin pecado ni redención, sin teología ni infierno, produciría no sólo sueños utópicos, cuyo desarrollo estamos estudiando, sino una conmoción general en la conciencia y en la cultura europeas.»

Semejante amplitud en la concepción del humanismo llevará a nuestro poeta a idealizar el contenido utópico de determinadas corrientes, a ejemplo de la Contrarreforma, y a atribuir sentido, en la marcha de las utopías a episodios como «nuestra lucha nacional contra Holanda y el Tratado de Westfalia que, después de la Guerra de los Treinta Años, echaba por tierra las pretensiones de Austria de absolver a Alemania, que estaba abriendo a la Reforma los horizontes estatales del imperialismo germánico»... Es que en el siglo XVI, y a partir de entonces, se habría verificado el enfrentamiento de dos concepciones del mundo: una, con raíces utópicas, formada en la vieja sementera del Matriarcado; otra, mesiánica, unida al

Patriarcalismo, a la que la Reforma, heredera de la inflexibilidad ética y religiosa de los hebreos, prestó nuevo vigor. Mientras en el horizonte de la historia europea, la Reforma, favorable al individualismo, propicia al espíritu de acumulación de los bienes terrenos, se convertiría en un factor ético del capitalismo, lo que significa afirmar que también fue ella una fuerza del progreso industrial y técnico, la Contrarreforma, reflejando los rasgos políticos y sociales de la vida comunitaria de la Edad Media, así como los vestigios de la presencia árabe en Europa, propagó al mismo tiempo la religión y la utopía.

Los jesuitas nos trajeron una «religión de carabela»; habrían asimilado la capacidad de adaptación de los árabes y la habrían empleado en la catequesis. Fundadores de la «república comunista cristiana del Paraguay», estimularon a los brasileños mestizos a una lucha, que se convirtió en simbólica, por derrotar a los holandeses, rubios y protestantes. Fue aquella guerra, lo afirma Oswald, el campo de batalla en el que la tendencia luterana, representante de la economía, del ahorro y del negocio, salió derrotada ante la concepción nativa que, dado el aparente ocio de nuestros primitivos—que la imaginación de Vespucio interpretó como disponibilidad edénica o propensión epicureísta—era ya naturalmente utópica. «En la guerra holandesa vencía evidentemente una comprensión lúdica y amable de la vida frente a un concepto utilitario y comerciante. El Brasil había estado compuesto de razas matriarcales que no se hallaban distantes de las concepciones libertarias de Platón y de los sueños de Morus y de Campanella. Era el ocio frente al negocio.»

La oposición entre ocio y negocio, una más de las muchas oposiciones conceptuales en que se mostró fértil Oswald (matriarcado/patriarcado, antropofagia/mesianismo, cultura jesuítica/cultura reformista, individualismo/colectivismo) se transforma, según ilustran las utopías clásicas, en una de las contradicciones vitales de la historia, abarcando la posibilidad dialéctica de la síntesis social a que nos estaríamos aproximando: la industrialización, refinada por el progreso técnico de la automación, crea la plétora de los bienes y ahorra la fuerza de trabajo, desviada del grueso de las actividades productivas hacia lo recreativo, lo lúdico y lo artístico. Esta curiosa contradicción tiende hoy a resolverse condicionalmente, al mismo tiempo que se decide la suerte del patriarcado, pronto a dejar lugar

a las estructuras matriarcales y a otros elementos de la vida primitiva valorizados por la conciencia artística moderna. Se trata tan sólo de resolver un problema: «el de la conquista del ocio».

Seducido por las analogías que presentan ciertas ideas, corrientes religiosas y tendencias filosóficas—analogías convertidas rápidamente en relaciones esenciales—, Oswald de Andrade va de generalización en generalización en una danza de conceptos extremadamente rápida y sugestiva, pero que abstrae las exigencias del método histórico y desprecia las lagunas lógicas de que va sembrando su camino. Los jesuitas pasan, en la imaginación de Oswald, a la situación de herederos espirituales de los árabes. El Brasil, a donde aportó la «religión de las carabelas», es la primera promesa de utopía realizable cuando no la «utopía realizada», bien o mal, frente al «utilitarismo mercenario y mecánico del Norte».

No debemos, sin embargo, recriminar a Oswald de Andrade, que no fue un filósofo puro, ni sociólogo o historiador, por estos pecados de inconsistencia lógica y de improvisación intelectual. Fue, tal como se ha dicho de Fernando Pessoa, un «indisciplinador de almas», un agitador de ideas, que participaba emocionalmente de los temas de que se ocupó, que los vivía como problemas urgentes e inmediatos, problemas que transgredían la reflexión pura para exigir actitudes prácticas de teorizador social—también novelista y poeta—atento a la rapidez de las transformaciones de la vida humana en nuestra época. Por otro lado, lo que es muy importante considerar, Oswald de Andrade reconocía la imposibilidad de la reflexión teórica pura que prescindiese de las condiciones *a priori* de orden emotivo a las que está sujeto el pensamiento, la primera de las cuales es el pensamiento órfico, generador de mitos y constante de la existencia individual y social.

Parece ser que Oswald de Andrade se entregó conscientemente a este sentimiento órfico y no dudó en utilizarlo como instrumento de sondaje, ya del pasado, del que procuró aportar señales del compromiso del hombre con una concepción primitivista del mundo sintetizada en la «antropofagia», ya del futuro, sobre el que proyectó, bajo la forma de la sociedad del ocio técnicamente conseguido, el fin de todas las utopías que es, desde el punto de vista sociológico, el fenómeno social que hace marchar hacia adelante—impulsado por todos aquellos movimientos semejantes al profetismo hebreo—la pro-

mesa evangélica, las herejías, el milenarismo de Joaquín de Fiori, y la revolución de Thomas Munzer, que nuestro autor no se olvidó de referir. «La utopía es siempre una señal de inconformismo y un presagio de revolución.»

El inconformista Oswald de Andrade, apegado a la «antropofagia», formulada por él en el manifiesto de 1928 y reformulada en 1950 en *La Crisis de la Filosofía Mesiánica*, el inquieto Oswald de Andrade que escogió el Matriarcado, no habría podido tratar de la marcha de las utopías sin que su propio pensamiento se hiciese utópico para acompañarla.

(De *Suplemento Literário/Minas Gerais*, año III, núm. 85, 12 de abril de 1968.)